

El disturbio sexual de Goethe y su actitud frente a los sentimientos *

Un acercamiento psicoanalítico

K. R. Eisler

Traducción de
JUAN GUILLERMO GOMEZ GARCIA **

En qué consistía exactamente la inhibición sexual de Goethe antes de 1788, es una compleja pregunta que no puede ser postergada por más tiempo. Los testimonios históricos dejan pensar en un temprano contacto sexual de una forma u otra con su más joven hermana; en relaciones intensas y a veces extremadamente apasionadas de diversa duración con mujeres durante su adolescencia y en su primera madurez; en una relación platónica con una mujer casada, siete años mayor, que dura diez años; en una

primera verdadera relación sexual a la edad de treinta y nueve años con una mujer de veintitrés.

La postergación de las relaciones sexuales no descansa en una carencia de impulsos o interés en el otro sexo, ni tampoco en un temperamento flemático o en falta de oportunidades. La fuerza de los instintos, una vez se leen las cartas desde Leipzig, el *Werther* o determinadas poesías de Goethe, no da lugar a discusión. Cuando Wilhelm Bode (en su obra *Studen mit Goethe*) argumenta que los deseos sexuales de Goethe debieron ser muy débiles, puesto que dejaba a veces hasta más de medio año sola a su compañera, lo lleva a la conclusión que no es negada por los descubrimientos psicoanalíticos. Los deseos sexuales de una persona pueden naturalmente ser extra-

ordinariamente fuertes sin una —forzosa— correspondiente frecuentación de las relaciones sexuales, aun cuando a esta satisfacción no se oponga un impedimento externo. Así el pequeño número de contactos sexuales no niega por sí solo lo que en otra parte resulta evidente, a saber, que Goethe poseía instintos fuertes y casi irreprimibles.

Como sucede fácilmente en una persona especialmente creativa, estos instintos se desvían hacia una corriente incontenible de la más alta productividad. Vemos a Goethe con frecuencia en un estado de gran agitación febril, luchando activamente contra sus instintos enardecidos. Al lado de la descarga de energías instintivas en el proceso creativo, había un factor personal, de sometimiento a la vo-

* Se traduce de la obra "Goethe, Eine psychoanalytische Studie, 1775-1766" de K. R. Eisler, Tomo 2. Deutscher Taschenbuh Verlag. Frankfurt, 1985. Págs. 1.180-1.204.

** Profesor de la Universidad de Antioquia (CISH).

luntad que servía de barrera entre él y las relaciones sexuales. Theodor Reik (en su estudio *Warum verliess Goethe Friederike? Eine psychoanalytische Monographie*) intentó aclarar estas barreras como disturbios, comparable a una neurosis obsesiva, que descansa en el miedo a la castración, agresión inconsciente, miedo a la represalia e identificación con un padre severo. Bode acepta la teoría de un amigo médico, Wilhelm Meyer en Weimar, de que Goethe padecía de impotencia física.

Antes de discutir ambas teorías, se debe hacer un par de observaciones generales sobre la neurosis y sentimientos en Goethe. No hay duda de que Goethe —según su propio testimonio— presenta una serie de fenómenos que pertenecen al reino de la psicopatología. Cuando estos fenómenos se desarticulan de su contexto y se observan para sí, se deben llamar síntomas neuróticos. Ellos encierran un miedo a las alturas, miedo a la oscuridad, pavor a las carnes crudas en el mercado, impulsos suicidas, alucinaciones, hipocondría, obsesiones —para mencionar sólo algunos—. Si se reunieran las indicaciones de todos estos fenómenos en la obra de Goethe, en los testimonios biográficos e informes de otras personas, se tendría una abundante colección de datos indudablemente psicopatológicos, es decir, se tendría una colección de casi todos los síntomas que son enumerados en los textos de la psicopatología con excepción de perversiones manifiestas.

Pese al hecho de que la vida de Goethe está sin duda llena de una gran variedad de síntomas neuróticos, es muy dudoso el considerar cuáles claves serían de deducir de esta lista. Una consecuencia es clara: sin estos fenómenos nunca hubiera sido el gran artista y hombre que fue. Al menos ellos esta-

ban insertos a la totalidad de su personalidad. Ellos no significaron para el desenvolvimiento de su creatividad ningún impedimento, sino fueron —si fueron algo— presupuestos y estímulos. Es extremadamente dudoso si se debería llamarlos síntomas neuróticos, pues su forma dinámica parece diferenciarse esencialmente de los neuróticos y psicópatas. Esta conclusión es, según mi opinión, necesaria, sea que se subsuma la personalidad de un genio como Goethe en un lado neurótico y otro creativo, una tendencia que desde el punto de vista de las opiniones más recientes de la personalidad es inaceptable y se puede contravenir con pruebas clínicas, como trataré en seguida de probarlo⁽¹⁾. Se puede elevar la objeción que esta propuesta corresponde también a los pacientes clínicamente neuróticos. Los soldados con fobias, se ha descubierto por ejemplo, pueden cometer actos de heroísmo. Sin la fobia tal vez hubieran actuado como el promedio de los soldados, es decir, no necesariamente se hubieran comportado más allá de sus deberes. No hay duda de que síntomas neuróticos por compensación o negación pueden conducir a acciones socialmente valerosas y constructivas. Pero ello no es un punto de vista de uso psicológico, desde el cual se pueda afirmar que las fobias son presupuesto indispensable del heroísmo. El mismo soldado que se convierte en héroe para compensar sus fobias, podría haberse comportado en forma aún más heroica si hubiera consumado o interiorizado una identificación más temprana con una imagen fuerte del padre.

1. Pero dudo de que se puede trazar la línea entre la parte neurótica y la no neurótica de una determinada persona.

Con la creatividad de Goethe sucede otra cosa. Es impensable que su *Werther* alguna vez se hubiera podido escribir, si Goethe no hubiera estado acosado él mismo de ideas de suicidio o no hubiera pasado por los dolores de una depresión. Ello es aplicable también a otros fenómenos psicopatológicos: Casi todo lo que tiene que ver con la psicología del genio es un enigma, y es asimismo también enigmática y misteriosa la diferencia entre un síntoma innegablemente neurótico y la así llamada sintomatología neurótica en un genio. Además se puede demostrar que al menos en el caso de Goethe la mayoría de síntomas neuróticos no contrarían su libertad de decisión. Además se percibe que la amenaza del yo por la reducción de la libertad a consecuencia del miedo o inhibición neurótica se convierte en un reto y tiene que ser compensada mediante un esfuerzo especialmente intenso. Quisiera citar uno de los ejemplos más llamativos, vale decir, el intento de Goethe de luchar contra el miedo, del que, como se sabe, sufre cualquier soldado, cuando por primera vez entra en combate armado. Cuando Goethe acompañaba (1792) al duque en su expedición contra las tropas revolucionarias francesas, tuvo la oportunidad de observar ese fenómeno, sobre el cual informa lo siguiente en su *Campagne in Frankreich 1792*. (*Campaña en Francia en 1792*):

"Había escuchado hablar mucho de la fiebre de artillería y deseaba saber cómo se manifestaba ello exactamente. Pasado un buen tiempo un espíritu llama al heroísmo, más aún a la temeridad, y así me conduje cabalgando a los exteriores de La Lune. Este estaba tomado por los nuestros, y sin embargo reservaba una vista pavorosa. Los techos derruidos, los atajos de trigo dis-

persos, sobre los que aquí y allá yacían moribundos y entretanto balas de cañón que hacían crujir los restos de las tejas.

Completamente solo, me dirigí cabalgando a la izquierda de la cima y pude ver con claridad la ventajosa posición de los franceses.

... Me encontré con una buena compañía, compuesta de oficiales conocidos del comando general, quienes quedaron muy sorprendidos al encontrarme aquí. No deseaban llevarme consigo, pero les hablé de mi particular intención y cedieron sin más a mi particular y conocida obstinación.

Así llegué de pleno a la región donde las balas silbaban por doquier; el tono era suficientemente extraño, como si estuviera compuesto de zumbidos de peonzas, cubos de agua y de silbidos de pájaros. Eran menos peligrosas a causa del suelo emparamado, donde se hundían, y así mi loca cabalgata estaba a salvo al menos del peligro del rebote de las balas.

Bajo estas circunstancias pude darme cuenta sin embargo que algo extraordinario pasaba en mí; estuve atento a ello y las sensaciones se entregarían a ello en igual medida. Parecía como si estuviera en un lugar hirviendo, y al mismo tiempo cruzado por una ola igualmente hirviente, de modo que uno se sentía completamente identificado con los mismos elementos en donde se estaba ubicado. Los ojos no perdían en visibilidad ni tampoco en claridad: pero era como si el mundo tuviera una tonalidad café-rojiza⁽²⁾, que hiciera aún más aprensiva la situación y las

2. Es de observar que Goethe apunta a un fenómeno igual en relación con un informe anterior. Tam-

circunstancias. No percibía nada del movimiento de la sangre, sino más bien me parecía todo sumergido en las brasas. De aquí es que resulta evidente poder llamar este estado febril... el estampido de cañones, los alaridos, los silbidos, los sonidos retumbantes de las balas por el aire es propiamente la causa de esta sensación"⁽³⁾.

No es el lugar para discutir las técnicas que usa el yo como la del ejemplo citado con el objeto de obtener o conservar una relativa libertad de acción⁽⁴⁾. La biografía de Goethe muestra que sus síntomas cuasi-neuróticos —los que siempre podrían haber estado presentes— ni lo condujeron a una limitación de las metas fundamentales del yo, de la producción y la creatividad, ni a una inhibición de funciones de las que requiere el yo para otras actividades⁽⁵⁾.

En la misma aventura tenemos nosotros un ejemplo de que Goethe

bién en una tarde decisiva, cuando Goethe era instruido para el compromiso de una bella mujer de Milán, la naturaleza se había transformado en una forma especial. Goethe escribe: "se extendía un tono sobre el entorno, que no era comparable ni a la caída del sol ni a los vientos de la tarde". WA I, 32. Pág. 126. Mi impresión es que Goethe juega en ambos pasajes con la imagen del fin del mundo.

3. WA I, 33. Págs. 72-74.

4. No quisiera aquí elevar la pregunta por los rasgos del carácter que se revelaron en Goethe más acentuadamente a medida que envejecía, por ejemplo, el decidir o afrontar las dificultades, o su comportamiento ceremonial hasta la formalización. Quisiera sólo concentrarme en la patología manifiesta que es idéntica aparentemente a la psicopatología de los neuróticos.

5. Apenas se pueden acentuar suficientemente estos factores. La historia de la vida de Goethe está llena de esta clase de ejemplos.

se estimulaba a hacer exactamente aquello que le producía miedo. A la luz de este comportamiento verdaderamente típico, se procurará aclarar el asunto frente a un intento explicativo, como el emprendido por Reik, de la abstinencia sexual de Goethe por miedo a las relaciones sexuales. El detallado estudio de Reik de todas las causas de este miedo deja sin responder la pregunta de por qué este hombre, que de hecho casi nunca se dejaba intimidar del miedo —incluso del temor ante la muerte—, tendría que desistir por temor de la práctica de las relaciones sexuales. De él se debería esperar más bien que debería haberse sentido impelido tanto más a su práctica cuanto más la temiera. Al menos sería razonablemente el aceptar que hubiera buscado el placer sexual, y esto sin otra razón que la misma curiosidad. Y esta curiosidad era ilimitada. El se sentía impelido a saber, a investigar, a ver y a observar. Además se puede decir con razón que el mecanismo de contrafobias de Goethe era suficientemente fuerte como para soportar todos los miedos; por qué tuvo que fallar esta defensa frente a las relaciones sexuales. Se observa de seguro en las prácticas clínicas con frecuencia que mecanismos que actúan exitosamente en situaciones complicadas de la vida y se resuelven con audacia, fallan frente a situaciones de orden estrictamente sexual. Pero este tipo de persona es también conocida mediante el comportamiento siguiente: practican frecuentemente las relaciones sexuales impulsados a demostrarse a sí mismos y a los otros que no tienen pavor ante las mujeres.

Naturalmente no se puede demostrar ninguna de las dos alternativas: ni que el comportamiento de antifobias de Goethe hubiera sido suficientemente fuerte para ofre-

cerle seguridad en las relaciones sexuales, ni la posibilidad de que los límites de su protección se habrían desbordado en las relaciones sexuales. En vista de este cuadro general llegaría mejor a la conclusión de que Goethe, en el caso de que hubiera sido potente sexualmente, se hubiera comportado como la mayoría de los jóvenes y hubiera tenido prácticas sexuales pese a su miedo. Esto tuvo lugar en Roma. Como lo demuestran las *Eleqius Romanas*, era el miedo ante las relaciones sexuales aún fuerte, pese a que le había confesado a Faustina —sin ser interrogado— que él no tenía enfermedades venéreas. Muchas Faustinas se habían cruzado en su vida antes, pero sólo en Roma él estuvo preparado, pese al miedo, a aprovechar la oportunidad.

Según mi teoría, padecía Goethe de una inhibición sexual que hacía imposible las relaciones sexuales. Creo que se puede adivinar la naturaleza de estas dificultades, si se estudian los informes biográficos, donde naturalmente Goethe evita toda descripción que lo avergüence.

Goethe padecía al parecer de eyaculaciones prematuras, producidas en los preludios amorosos, especialmente por los besos, o tal vez sólo por los besos. Esto sería compatible con el cuadro general de su excesiva emotividad, contra la que él después se protegió con regularidad mediante un comportamiento ceremonial y que a pesar de toda prevención brotaba frecuentemente por períodos de intensas cargas emotivas. Los casos en que sucumbía a la emoción se puede entresacar de sus informes sobre su llanto, cuando reflexionaba sobre el destino de su carácter. Su gran capacidad teatral con su perfecta presentación de afectos no se puede interpretar como testimonio del dominio de los sentimientos, sino

como una expresión inmediata —en el encuentro— de señales correspondientes. Su increíble creatividad poética, la rápida toma de conciencia de las poesías y canciones de formas plenas, la reserva más o menos constante de historias, fantasías y creaciones poéticas, que él oía y observaba —todo esto señala que poseía permanentemente una tendencia de réplica inmediata, cuando no de acción y satisfacción corporal, o al menos de creación artística y de fantasía poderosa.

Si hay alguna duda de en qué peligro realmente se movía Goethe de ser sobrecogido por un sentimiento intempestivo, quisiera agregar un ejemplo adicional tomado de un momento de su vida, cuando ocurrían extrañamente estos casos. Un informante nos dice con respecto a una observación de 1807:

“...Alguna vez, en un bello día de verano, se encontraba sentado el gran poeta en Karlsbad al aire libre con sus amigos de Weimar en una mesa con banquetas de madera a ambos lados... Allí se veían sumidos en la conversación, cuando el hijo de Goethe bajaba de una colina. El joven estudiaba en esa época en Heidelberg y había emprendido un viaje a pie hacia Karlsbad, para sorprender a su padre con su visita. Cuando él se acercó al grupo de amigos sentados a la mesa, mientras Goethe le daba la espalda y no podía verlo al acercarse, el hijo les hizo señas a quienes estaban de frente para que permanecieran tranquilos y para que su padre no se diera cuenta de su arribo. Así se deslizó silenciosamente hasta las espaldas del padre y de improviso, conforme la chanza de Weimar, puso las manos sobre sus ojos. Cómo Goethe se soltó y se dio vuelta y con cuánta sorpresa vio a su hijo, es algo que explica la

alegría paterna de un modo tal que produjo un profundo estremecimiento en los presentes. La incontenible expresión de sentimientos desbordados, con los cuales se presentó el excelso personaje, fueron tan fuertes que los testigos de esta escena llegaron a temer y a desear que su alma se tranquilizara” (6).

Pese a la existencia indudable de rasgos que son característicos del carácter impulsivo, creo, con todo, que la estructura fundamental de Goethe —es decir, las relaciones básicas entre el yo y los sentimientos— era la de una personalidad histérica, y se podrían aducir muchos síntomas de conversión corporales para apoyar esta apreciación.

En vista de estos factores no es inverosímil que la constitución básica de su personalidad psicológica tendiera a la expresión emocional excesiva bajo mínimas provocaciones. No es de pensar tanto en las debilidades de los deseos o impulsos sexuales, sino en las tendencias del instinto mismo —estructurado en consonancia con la forma del desenvolvimiento de sus sentimientos— que se hacía valer con todas sus fuerzas. En sus cartas de juventud se puede ver cómo el sentimiento una vez estimulado, se elevaba con una rapidez sorprendente hasta un punto casi inaguantable. Esto tenía como consecuencia naturalmente una conducta reactiva. Esto le proporcionaba a veces también la apariencia de la imprevisibilidad, pues sus emociones tendían a subir, entre tanto, al máximo, lo que producía al observador la impresión de la inconsecuencia.

Ahora desearía justificar mi hipótesis de que los besos estimulaban a Goethe hasta el grado que

6. *Goethes Gespräche*, editado por Flodoard Freiherr von Bierdermann. Leipzig, 1090. Pág. 508.

lo conducían a una manifestación máxima. Reik discutió pormenorizadamente —en un esfuerzo por aclarar la huida de Goethe de su adorada Friederike Brion en Senenheim en 1771— un episodio que jugó en las relaciones con ella un papel de gran importancia. Antes de encontrar a Friederike, como lo informa en *Poesía y Verdad*, había tenido en Estrasburgo una extraña experiencia con una joven de nombre Lucinde. Lucinde se había enamorado de él, pero creía su hermana Emilie el haberle obtenido para ella. Para amargarle la satisfacción de su triunfo, maldice la derrotada Lucinde a Goethe, y predice a cualquier muchacha un maleficio para los próximos besos de Goethe. Vale la pena citar el episodio completo:

“Ella (Lucinde) estaba ante mí y parecía pensar en algo. Y dijo: ¡sé que lo perdí; no tengo más pretensiones con Usted! Pero, hermana, ¡tampoco tú lo tendrás! Con estas palabras, me tomó de la misma cabeza, condujo sus manos a los cabellos, estrechó mi rostro hacia ella y me besó una y otra vez. Y, ahora, expresó, ‘teme mi maldición. Desgracia sobre desgracia recaerá para siempre sobre toda quien bese después de mí estos labios. Atrévase a juntarse de nuevo a ellos; sé que el cielo me oye esta vez. Y Usted, mi señor, dese prisa ahora, dese prisa si puede’” (7).

Después de ello se sintió Goethe inhibido a besar a Friederike, porque temía que la maldición de Lucinde se cumpliría para su nuevo amor. Reik tiene razón cuando dice que este temor estaba en la base del miedo que le produjera (a Goethe) una desgracia. Pero si se

7. *Dichtung und Wahrheit*. Libro 9. WA I, 27. Pág. 291 y siguientes.

lee con cuidado el párrafo citado, en el que relata la maldición de Lucinde, se puede concluir que la desgracia ya había afectado a Goethe, cuando fue besado por Lucinde. De otro informe se podría reconstruir la siguiente escena, tal como ella debió haber sucedido en realidad. Una joven que Goethe besó apasionadamente, observa que había padecido un deseo tan intenso por ella que desencadenó una eyaculación precoz. Como era de esperar frecuentemente en una mujer, lo vivió como una agresión contra ella, como signo de que Goethe no quería tener con ella relaciones sexuales. Por tanto la siguiente joven —y todas las sucesivas— documentan la maldición, con la que padeció su destino. Naturalmente la maldición contra Goethe dio en el blanco. El deseo de Lucinde fue el de que Goethe tuviera que padecer una desgracia por el resto de su vida, y ella se identifica —pues presumiblemente experimenta una de las eyaculaciones precoces de Goethe como una agresión— con las mujeres que aceptan de antemano que Goethe buscaba con ellas relaciones sexuales e imprecaban cuando se venía a destiempo.

Comparto con Reik la opinión de que no es importante si el episodio de Lucinde u otros similares sucedieron en realidad exactamente como lo informa el Goethe más viejo. Pero creo que en el episodio de Lucinde Goethe es plenamente fidedigno, en cuanto reconstruye las dificultades sexuales ya en sus años de adulto. Cuando escribía este episodio, miraba en retrospectiva sus años de exitosas relaciones sexuales con Christiane Vulpius, y el sentimiento de vergüenza se había extinguido al punto que podía dar a la historia de la maldición de Lucinde un tinte de verdad. El contenido de ficción que empleaba —cuando se trataba

de ficción— no está lejos de aclarar los recursos que los hombres ofrecen desde hace siglos para los casos de impotencia. En tiempos más antiguos se quemaban brujas porque presuntamente habían robado a los hombres su capacidad procreadora. La historia de Goethe suena como si él pensara —al recordarla— en su debilidad sexual: se retarda en aclararse mediante la idea de que una mujer debería haberle hecho un conjuro.

Ello pudo suceder en realidad en un suceso de similares características. Durante un buen tiempo pudo haber aceptado Goethe su defecto con una buena disposición como medio de conseguir una satisfacción temporal a su tensión sexual, y también como medio para protegerse de las consecuencias negativas de las jóvenes, con las cuales, según mi opinión, estaba en contacto sexual. Cuánto debió haber padecido cuando descubrió que las mujeres no compartían su creencia en el papel protector y cuando se hizo consciente que ellas sentían su peculiaridad sexual como una agresión. O Goethe podría, mucho después de que había resuelto su problema sexual con su satisfacción (como medio de su defecto), haber deseado aceptar la huida hacia objetivos más sólidos, sólo para descubrir que lo que había visto como bendición y a lo cual renunciaba era una reacción que él no podía controlar.

Contribuiría en la ratificación de esta hipótesis, si pudiéramos reconstruir quién era la persona en cuyo contacto se produjo la transformación. No creo que Reik haya aclarado adecuadamente la pregunta de por qué Goethe tuvo que dejar a Friederike. Su explicación correspondería a una persona que padeciera clínicamente de una neurosis compulsiva real y que se tuviera que proteger mediante acciones inhibitorias. La hipótesis de

Reik de los contenidos de los pensamientos inconscientes de Goethe puede ser correcta. Pero si Goethe sólo hubiera tenido que luchar contra esos fenómenos (miedos de castración, deseo de muerte, temor de revancha), hubiera sido su yo, como creo, pese al efecto terrible de estos peligros, suficientemente fuerte para aceptarlos y dominarlos mediante la acción. En otras palabras, mi argumentación no contradice la hipótesis de que tales contenidos eran parte del inconsciente de Goethe —se los encuentra mucho más frecuentemente en las representaciones masculinas del acto sexual tanto que se pueda dudar en la existencia de éstos en Goethe—, pero me veo obligado a no aceptar la conclusión que saca Reik del efecto de tales representaciones en la estructura del yo del poeta.

Bastante verosímil es que los miedos inconscientes, atados a la tendencia del yo a excitaciones de sentimientos superlativos, conducían a la eyaculación precoz producida por los besos. Aquí estaba el yo de Goethe en una trampa. Ningún esfuerzo, ninguna resolución, ninguna reacción contra las fobias podían ayudar. Cuanto más el yo huía del peligro, tanto menos podía obtener éxito, pues lo problemático actuaba automáticamente, permanecía en una acción refleja, contra la que no tenía sentido luchar directamente. Había sólo un método de evitar el resultado temido, y éste era el no besar. Pero ¿cómo podía estar apasionadamente enamorada una muchacha si no se la besaba?

No sé de ningún caso de la vida de Goethe que pueda probar que un síntoma compulsivo se hubiera opuesto a una meta esencial o importante a la que siguiera decididamente. Era Goethe supersticioso como todos los hombres que habían conservado una comunicación ac-

tiva con su inconsciente. Pero él conducía sus ideas supersticiosas tan bien que lo llevaban a realizaciones exitosas. Si él, como en el caso del beso, tenía que evitar huir, no deberíamos interpretar esto como un desarrollo de la fobia, sino como un recurso usual que estaba a disposición para liberarse de un síntoma que tal vez no podía ser vencido mediante la fuerza de voluntad o una técnica contra las fobias. Cuando las balas silbaban a su alrededor, podía Goethe moverse pese a temblar, pero un reflejo del sistema nervioso vegetativo estaba fuera del ámbito de sus esfuerzos. En la revisión de los propios informes de Goethe, se ve cómo evitar tener que besar, y así yo no encuentro mucho que hable contra mi hipótesis. El escribe:

“Desde el momento en que la apasionada muchacha maldice y santifica mis labios (pues toda bendición contiene ambas cosas), me tomé en serio —supersticiosamente—, el besar cualquier otra muchacha, pues temía hacerle daño de una manera inaudita e intangible. Dominaba entonces todo deseo lujurioso, cuando el joven se sentía impulsado a ganar el ánimo de una muchacha encantadora. Pero aún en las más recatadas de la sociedad me esperaba una prueba lastimosa. Incluso aquel juego de travesuras, en torno al que se reúne un grupo de alegres jóvenes y que estaba basado en gran medida en la prenda, para cuya consecución los besos no tienen un valor de liberación nada insignificante, era para mí angustioso. Me había propuesto una y otra vez no besar, y cómo nos impulsa una carencia o impedimento a la acción, a la que no se hubiera uno inclinado, era algo que movía todo mi ser en su talento y humor, para abrirme paso y para ganar más que pa-

ra perder ante la sociedad y por la sociedad” (8).

Goethe dice expresamente que debió luchar contra su pasión. El paciente compulsivo o con fobias nunca rinde informe de su lucha contra la lujuria. Se requiere de un largo análisis antes de que descubra que sus síntomas son una defensa de los instintos. Goethe nos deja saber que lucha contra una satisfacción que hubiera podido obtener fácilmente besando una muchacha. El miedo a un daño “intangible” que podía producir al besar una muchacha era en realidad fundado apenas suficientemente. Después de la maldición de Lucinde (“desgracia tras desgracia”) se esperaba de Goethe más un miedo de daños concretos que daños intangibles. Pero en vista a la reacción que en una oportunidad podría haber percibido en una muchacha, cuando seguía su peculiaridad sexual, pudo haber empezado a temer fácilmente que su debilidad sexual envenenaba el espíritu de la muchacha. Por la gran consecuencia que tuvo para Goethe el episodio de Friederike y porque de hecho huyó de ella, presumiría que Goethe, en su relación con Friederike, estaba obligado a hacerle saber que tenía eyaculaciones precoces y que padecía realmente de ellas. Friederike sucumbió a su encanto en su inocente enamoramiento, como muy bien se puede uno imaginar. Mientras Goethe se satisfacía durante un rato bailando y besando, la situación llegaba al punto de que la muchacha deseaba entregarse y también Goethe mismo, que contaba con 22 años, era impulsado a culminar el acto, pero descubría para su horror y humillación que se le impedía su eyaculación precoz. Por eso decidió ponerse a la fuga.

8. Idem. WA I, 28, Pág. 13.

Cuando años antes se había enamorado apremiantemente en Leipzig de Kätchen Schönkopf, era la situación completamente distinta. Allí le vemos en medio de los impulsos primarios de la adolescencia. La forma en la que es descrito por sus amigos despierta en todo caso la impresión del elemento juvenil, de la pretensión y el esfuerzo de posar como un hombre. Hasta un cierto grado se puede comparar a una fase experimental. Requería aún de un mentor que se descubría en la figura de Ernest Wolfgang Behrish. Deseos primarios y apasionados se encuentran paso a paso con tendencias supramorales. El defecto sexual no lo limitaba en esa época, pues le proporcionaba un alivio sin peligro de comprometerse. Lo que veo como una historia del defecto y una reacción del yo frente a él, la descubro en una carta del joven a los 17 años dirigida a Behrish, fechada en 12 de octubre de 1766. El poema fue escrito en inglés después de su regreso de una cita, en la que le fue posible estar solo con una muchacha cuatro horas, una oportunidad que se ofrecía muy raramente. Los primeros versos dicen:

What volupty! When trembling
flame to born,
A virtuous fire, that ne'er to
vice kan turn.

Goethe muestra aquí lo que ve como inequívoca señal de una protección segura contra el pecado en virtud de su defecto. Punto seguido, describe las caricias eróticas:

What volupty! When trembling
in my arms,
The bosom of my maid my boson
warmeth!
Perpetual kisses of her lips
o'erflow,
In holy embrace might virtue
show.

Después de poner sobreseguro la virtud —es decir, en consecuencia con la exigencia durante la época de Leipzig de evitar las relaciones sexuales— procede Goethe a describir el orgasmo:

When I then, rapt, in never felt
extase,
My maid! I say, and she, my
dearest! says.
When then, my heart, of love
and virtue hot,
Cries: come ye angels! Come!
See and envy me not.

(WA IV, 1, P. 64).
(Traducción al final del artículo).

“Come ye angels! Come! See and envy me not” es una resputista típica del orgasmo en la juventud, es decir, la expresión de un sentimiento que al ser propio de quien experimenta tal gozo, da lugar a que los mismos seres celestiales, los ángeles, sientan envidia de él. La integración del defecto se describe con notable precisión. El orgasmo puede estar vinculado a la virtud, y el yo se regocija en triunfo, el máximo placer ha de obtenerse sin una consecuencia negativa. Se obtiene además la impresión de que Kätchen era suficientemente inmadura para no darse cuenta de la naturaleza juvenil de la vida amorosa de su amado. El hecho de que Kätchen se casara casi después de la partida de Goethe, revela por su parte la atmósfera general de sentimientos de esta relación.

El carácter casi psicótico de la reacción de Goethe a la frustración, no debe inducir a aceptar una relación objetiva necesariamente profunda. Las dos hemorragias que lo obligaron a regresar a casa —si eran de origen tuberculoso o psicogénito, es algo para discutir—, pueden ser comparadas al predominio de la sexualidad genital en to-

do el cuerpo. La hemorragia respondería por una eyaculación, y la elección de la boca como zona patológica dominante constataría la naturaleza de la perturbación sexual allí presente.

En la época en la que hace la corte a Friederike, describe Goethe un síntoma corporal que era sin duda de naturaleza psicogénita. Después de una cena, sintió él “la garganta como estrangulada” (9), un síntoma que faltaba en Sesenheim y con el que pudo luchar con éxito en Estrasburgo, cuando no pudo tomar un determinado vino rojo que se le había servido y del que tenía gran deseo. Yo aclararía el síntoma como un desplazamiento de abajo hacia arriba y como un intento de evitar la eyaculación mediante la contracción (10).

Cuando Goethe llega a Estrasburgo, era una persona madura respecto a su época de Leipzig. Lo que podría haber sido satisfactorio antes, ahora ya no lo era más. El desarrollo se evidencia también en su poesía amorosa que alcanza un nivel de atractiva masculinidad. Cuando sigue padeciendo bajo este defecto, especialmente cuando una muchacha se dirige a él sin inhibiciones y espera de él una satisfacción genital, entonces se produce el desconcertante efecto. Lo que en Leipzig había sido una descarga bienvenida, se convirtió en Sesenheim en una maldición. El sentimiento de vergüenza debería haber sido enorme. Creo que el Goethe maduro de *Poesía y Verdad* logró, mediante el desplazamiento del acento de vergüenza en pecado, la restauración de su autoestima. Si detrás de la eyaculación precoz acechaba la agre-

9. WA I, 28. Pág. 8.

10. El rechazo del vino rojo puede señalarse también en relación con los medios a la menstruación.

sión, el sentimiento de vergüenza existía presuntamente ya en un punto en el que cabía sólo huir de Sesenheim. Mas la primera, inmediata reacción fue probablemente la vergüenza que se percibe en muchos pormenores descritos en *Poesía y Verdad*. Allí se percibe un desplazamiento de la vergüenza a detalles (que él debía presuntamente descubrir para sujetar a ellos la degradación) y una disposición notable de autoinculparse para encubrir su vergüenza (11).

Para él era más cómodo presentarse como un Don Juan cargado de culpas que como un joven con un impedimento corporal.

Daré algunos ejemplos de los resultados evidentes o penosos de su vergüenza que Goethe describe en *Poesía y Verdad* en relación con el episodio de Sesenheim. Estas características surgen en relación con la descripción de los primeros recibimientos de la familia de Sesenheim. Hay dos escenas de disfraces a las que Reik ha prestado una gran atención. En camino a Sesenheim Goethe intentaba darse el aspecto de un estudiante de teología con su conducta, vestimenta y corte de pelo. Este fue presumiblemente el atuendo con que Friederike lo vio por vez primera. A la mañana siguiente se sintió tan avergonzado a causa de lo miserable de su vestimenta que regresó intempestivamente a Estrasburgo para cambiarse sus vestidos y regresar. No lejos del patio de la familia Brion se encontró con el hijo de un posadero que se veía igual a él. Pidió los trajes prestados del joven, regresó a Sesenheim y tomó del pelo a toda la familia que en

primer momento pensó que era Georg, el hijo del posadero.

No es necesario profundizar en los detalles de la mascarada. Ella suena reforzada, y muchos autores han afirmado —con buenas razones, como creo— que ambas escenas de disfraces no existieron de modo alguno (12). Sea como sea —y para nuestro objeto el contenido de realidad de la historia es tan poco importante como su significación psicológica— estos dos episodios contienen una intensa vergüenza y Goethe debió disculparse según su relato con una serie de personas y aclararles todo. Según la interpretación de Reik fueron estas dos escenas de disfraces expresión de una ambivalencia y de un sentimiento de superioridad, que lo expresa así, para la primera escena: “Si fuera un estudiante de teología, tú estarías alegre de darme la bienvenida”, y para la segunda: “El hijo del posadero es el mozo adecuado para ti, yo no correspondo a tu condición”, pero también: “Desearía ser Georg, y así poderme casar contigo”. Puedo estar de acuerdo con Reik cuando subraya la ambivalencia, pero mi interpretación va en otra dirección. Goethe dice al disfrazarse la primera vez que imitaba al hombre que se le llama “caballero latino”. Para mi sorpresa he encontrado clarificada la expresión en una forma que parece corresponder con mi interpretación, y que yo había deducido antes psicoanalíticamente. Karl Heinemann, el editor de la obra de Goethe en el Instituto Bibliográfico, acepta que la expresión procede de un viejo dicho italiano “fare il latino a cavallo”, cuyo significado usual es “una cosa

ejecutada por violencia no se que-rría o podría haber hecho” (13).

Esta es en mi opinión la clave que descifra el primer disfraz. El es expresión de un intento o deseo de identificarse con un hombre que bajo todas las condiciones desea un rendimiento sexual y obtiene éxito en ello. En el segundo disfraz expresa Goethe, me parece, un deseo de distanciarse por hipocresía de su propio grupo social. Cuando joven tuvo Goethe que moverse suficientemente en medio de la población de la ciudad y con seguridad percibió la diferencia entre las costumbres sexuales de las clases bajas y las de su propia clase. Georg era de un rango inferior a Friederike, cuya posición social estaba entre la capa social de Friederike y la de Goethe. No creo que el intento de identificación con Georg, con el hijo del posadero, estaba motivado por el deseo de Goethe de casarse, sino sólo por el deseo de acceder fácilmente a la relación sexual, tanto como si quisiera decir: “Si yo tuviera la masculinidad del hijo del posadero, podría acostarme con mi amada, aun cuando mi posición social estuviera por debajo de ella”. Ambos episodios de disfraz, con toda seguridad inventos del poeta, daban la oportunidad de describir su sentimiento de vergüenza que estaba vinculado a su episodio de Sesenheim, y así es de esperar que estos productos de la imaginación poética reflejan precisamente el suceso como le producía la vergüenza real, históricamente originaria.

En la descripción del sentimiento de Goethe después del beso prohibido con Friederike se encuentra también la ratificación de su debilidad sexual. El escribe:

“Pero lo más doloroso para mí en el fondo fue el de no querer disimular. Una cierta confusión sostenía en mí la superstición: mis labios —benditos o malditos— se me hacían más importantes que nunca, y con no poca presunción era consciente de mi abstinencia, pues me privaba de un placer inocente, en parte para conservar el atractivo mágico, en parte para no lastimar un ser indefenso, si lo hiciera.

Pero además (después de que había besado a Friederike) todo estaba perdido y era irreparable: había regresado a mi estado pueril, creía haber herido al ser amado y haberlo lastimado irreparablemente; y así esa maldición, en vez de poderme liberar de ella, regresaba a golpear por mis labios a mi propio corazón” (14).

Este pasaje describe la preeminencia de la zona oral que nunca falta en la forma de un disturbio sexual del que yo he presupuesto que Goethe había de padecer antes de su viaje a Italia. Ella también proporciona la inutilidad de esfuerzos voluntarios en la lucha de este síntoma.

Digno de anotar es que desde Friederike, Goethe erraba en la elección de sus amadas y por circunstancias externas se hacía muy difícil sino imposible tener relaciones sexuales. Lotte en Weimar estaba prometida, por lo menos secretamente; Lili pertenecía a una capa social más alta, y su compromiso matrimonial con ella prorrogaba la realización del acto sexual. De Lili misma procede el informe que ratifica directamente una de mis suposiciones sobre Friederike. Muchos años después de su compromiso con Goethe Lili, que se ha-

bía casado con von Türkheim, lo llamaba “el creador de su existencia moral”. Confesó también que su pasión por Goethe era más fuerte que su sentido del deber y la virtud, y “...si su generosidad (de Goethe) no hubiera rechazado permanentemente los sacrificios que deseaba ofrecerle a él, hubiera tenido que contemplar más tarde su pasado destituido de autoestima y del honor burgués” (15).

Estas palabras no procedentes directamente de Lili, sino de un informe de Henriette Beaulieu-Marconnay, quien tuvo un encuentro con ella y publicó más tarde su conversación. De este informe parece quedar claro que Lili, durante su compromiso matrimonial, no se oponía a una relación sexual. Otros han discutido esto y afirmando que estas palabras significaban su voluntad de dejarse raptar. Puesto que Goethe y Lili estaban comprometidos, no se ve la razón de poder pensar en una complicación con consecuencias tan negativas para el futuro de la novia. Si Lili se manifiesta realmente con las palabras tal como Mme. Beaulieu-Marconnay lo informa, se tiene que concluir, me aparece, que pese a su deseo y su pasión Goethe no le solicitaba satisfacciones genitales, sino que era su amada quien deseaba entregarse a los deseos instintivos, y que Goethe era quien rechazaba la idea.

Se ha discutido con precisión este episodio, pues puede sonar inverosímil que Friederike, la hija de un pastor, tuviera que haber estado dispuesta a apartarse de tal modo de las reglas prescritas de conducta. Goethe describe a Friederike como una persona ingenua y franca, absolutamente adicta a él.

Desde el punto de vista del joven es un signo de virtud mayor, cuando una chica virtuosa y sin experiencia está dispuesta a entregarse completamente confiada a su honradez y corrección. Después de su primer encuentro con Friederike pregunta Goethe a su acompañante, que había tenido hasta Sesenheim, si la muchacha había estado antes enamorada, o si ya había amado y estaba comprometida. Cuando el acompañante le niega esa suposición, no puede Goethe creerlo. “Si ella hubiera amado y perdido y vuelto a restablecerse o si hubiera sido ya novia”, podría él entender mejor la “espontánea alegría de ella” (16). Estoy inclinado a interpretar esta observación como expresión de la pena del Goethe maduro —independientemente de la significación del contexto literal de la historia— de modo que la aventura sin éxito de Sesenheim se produce con una muchacha que nunca antes había amado. Bajo estas circunstancias debe ser sumamente penoso padecer de una deficiencia sexual y habrá conducido a un mayor sentimiento de culpa que si hubiera sido con una muchacha experimentada en cosas de amor. El hecho es que Friederike nunca se casó, como si hubiera padecido en su conocimiento con Goethe de un trauma severo (17).

En su relación con Lili, una muchacha de gran cultura e inteligencia despierta, Goethe se condujo de manera diferente y esto remitía evidentemente a una aventura sexual. Pero se tiene que observar que durante la época del intenso amor por Lili las visitas de Goethe

11. Para un estudio sobre la diferencia entre vergüenza y culpa cfr. Gerhardt Piers y Milton B. Singer *Shame and Guilt*. Springfield, 1953.

12. Para comparar el informe de Goethe y la verdad histórica cfr. Ernst Traumann *Goethe der Strassburger Student*. Leipzig, 1923.

13. *Goethes Werke* De. Por Karl Heinemann, 30 volúmenes, Leipzig.

14. WA I, 28. Pág. 23.

15. Op. cit. *Goethes Gespräche*. Pág. 62 y sgts.

16. WA I, 27. Pág. 357.

17. Para la vida de Friederike, después de que Goethe la abandonó, cfr. Wilhelm Bode, *Die Schicksale der Friederike Brion von und nach ihrem Tode*. Berlín, 1920.

a otra muchacha tenían lugar en Offenbach. La identidad de esta muchacha es un misterio, pero casi todos sus amigos y conocidos, que pertenecían al círculo del "Sturm und Drang", la visitaban y pasaban las noches en su casa. En Weimar se ligó a una mujer con la que la posibilidad de las relaciones sexuales era mínima. Pero, como he tratado de demostrar, las relaciones sexuales como posibilidad de distensión sexual no eran para él un camino a seguir.

Surge entonces la pregunta de si Goethe intentó obtener de Charlotte von Stein satisfacción, siguiendo su técnica acostumbrada. Y aquí, creo, hay un punto en la evidencia biográfica que apoya mi hipótesis. Charlotte von Stein se queja abiertamente de la conducta de Goethe. Pero, ¿en qué clase de comportamiento pensaba ella? ¿Es de pensar que una mujer como ella se hubiera reconciliado con él, después de que él hubiera renunciado a un intento de las relaciones sexuales? ¿No es más probable que él buscara abrazarla apasionadamente, que tuviera una eyaculación como era usual y que este abrazo produjera una descarga genital o que ella tuviera por meta prohibirle el intentar una de sus maniobras con ella? Si él alguna vez osó ir tan lejos, es algo que naturalmente no se lo puede saber mejor que Goethe mismo, pero es importante afirmar que la represión que ella le imponía, con toda probabilidad, incluía los besos apasionados. Como muestran muchos pasajes de las cartas de Goethe, hubo intercambio de besos entre él y Charlotte. Si mi apreciación es correcta, ella le impedía los besos apasionados, pues con ello le ofrecía una ayuda a la convalecencia de Goethe. El aprendió, por así decirlo, el arte de los besos desapasionados, simplemente cariñosos, a sabiendas de que al sobrepa-

sar determinado umbral tendría como consecuencia la pérdida inmediata del objeto amoroso.

Poseemos una corta observación de Goethe que arroja luz sobre su vida sexual durante los primeros años de Weimar. Recordemos que él había pasado muchas horas bailando furiosa e ininterrumpidamente con una muchacha de los alrededores. "El ruedo de las enaguas..." toma nota:

"...las medias rojas cuando a ella el viento de las oscilantes enaguas pasa bajo las narices. Roba besitos, arruga los ojos inclinados de la chica que persiguen el sexo. Botón del pantalón. Sobre el saco de lana cabalgamos mientras retiemblan las tablas" (18).

Los editores de la edición de Sophie creen que estas notas fueron escritas en 1777 y que se refieren a una observación de Goethe en los placeres de un baile campesino. Creo, más bien, que ellas son reflejo de su propia experiencia. Aquí vemos cómo el impulso sexual se estimula en el sistema motriz, cómo el baile apasionado conduce a una excitación sin evacuación. Importante es ver que en estos cuadros tan íntimos no se mencionen las relaciones sexuales, si bien esos años de convivencia permanente con el duque, que permitía seguramente escapadas sexuales sin barreras, le daban tal vez oportunidades para relaciones sexuales con muchachas de estratos más bajos.

Así hemos de entender la plena significación de la anotación de Goethe en su diario del 7 de agosto de 1779:

"Si pudiera hacer más clara para mí la idea de la pureza —que

va hasta el mordisco— que tomo en la boca" (19).

La boca era el órgano del pecado, pues su estímulo conducía a la eyaculación. Bajo la influencia de Charlotte von Stein pudo Goethe llegar a eliminar estos síntomas. El mejor camino para alcanzar el objetivo fue la dilatación del campo de significación. Si todo placer procedente de la boca era prohibido, entonces se puede estar seguro de excluir las consecuencias sexuales inmediatas. Se debe pensar además que en la represión de esta perversión es cada vez más grande la posesión libidinosa de la comida en consecuencia del desplazamiento. Así las anotaciones de Goethe sobre cada mordisco de la comida en el sentido de pureza coinciden con la meta urgente de esa época. La anotación de Goethe sobre la pureza del mordisco puede ser tomada como indicio del acierto de mi reconstrucción. Al desaparecer este síntoma en Italia Goethe se libera también de sus hábitos alimenticios, cosa que percibieron otros.

Es interesante observar el permanente ascenso del estatus social de las amadas de Goethe, que empezó con Gretchen y que llega con Charlotte von Stein, la noble cultivada, en su más alto grado. Cuando empieza finalmente las relaciones genitales, regresa Goethe a su fase inicial y elige como compañera a una persona de un estrato bajo. Es de recordar que Gretchen trabajaba de camarera, y cuando Goethe la vio se enamoró de ella. Christiana Vulpui tenía un estatus social más alto que la camarera Faustina, pero Goethe no fue más allá y se quedó con ella. No repite en su vida genital la cadena social que había realizado du-

rante su época de vida amorosa cuando padecía del defecto sexual. El problema del aplazamiento en su desarrollo psicosexual no es de poca significación. Evidentemente nunca le fue posible acceder a una relación genital con una pareja que tuviera un grado de formación y cultura de su condición. Seguramente como consecuencia de su iniciación tardía de las relaciones sexuales no le quedaba más tiempo de completar ese desarrollo, que otros inician en una edad mucho más temprana. También es seguro que el artista, cuando no le era posible hacer una síntesis entre la satisfacción sexual y relaciones objetivas más adecuadas, cuando fundía lo corporal y lo espiritual —sin un sentimiento de culpa— en una experiencia feliz, estimulante, perdía la fuerza y el impulso para su productividad artística. En la segunda parte del *Fausto* deja Goethe coincidir el instante de la muerte con el instante de la más alta felicidad. Esta peculiaridad sexual que ha tratado de reconstruir debe haber sido, pese a los sentimientos de vergüenza, humillación y minusvaloración, altamente ventajosos y altamente necesarios para el desarrollo de Goethe como artista. El impedimento no estaba estructurado de manera que hiciera imposible la evacuación genital. Si Goethe hubiera padecido de una neurosis compulsiva tan fuerte que estuviera bloqueando permanentemente la satisfacción sexual, no sé si su aparato psíquico hubiera podido resistir a la tensión espantosa de los años antes de Weimar o si no hubiera terminado siendo víctima del suicidio o de la psicosis.

Además es importante que el defecto no aislaba a Goethe. El pedía el buscar y el encontrar una pareja. La masturbación lo hubiera conducido a un mayor sentimiento de culpa mayor que el que tenía por su perversión. Ella hu-

biera ensombrecido sus esfuerzos por un mundo objetivo. Mediante la técnica de satisfacción, estaba Goethe impelido a dirigirse siempre a los objetos sin que nunca obtuviera una plena satisfacción. Creo que esto es un punto de importancia. Si su perversión le hubiera proveído de una eyaculación profunda y verdaderamente satisfactoria, no hubiera permanecido seguramente su canal principal creativo tan largo tiempo activo, mediante el que corriera la libido del mundo. Se requiere comparar simplemente las *Elegías Romanas* con las poesías para Marianne Weillemer, una mujer que nunca poseyó Goethe sexualmente. Las *Elegías* son hermosas, pero esta forma de poesía nunca hubiera hecho a Goethe el poeta que él fue. El impulso permanente al objeto, esa cuasi-captura del objeto, sin llegar nunca a poseerlo, el placer de conocer la belleza del objeto amado, el gozo en el preludio de la felicidad, sin llegar jamás a la plena serenidad —todo esto y muchos otros factores se conjugan al tiempo para hacer de la poesía de Goethe una de las más bellas creaciones—. Los presupuestos psicológicos de esta creación no pueden descansar en una plena y reiterada satisfacción del instinto sexual. Sólo cuando profundamente en el corazón de una personalidad descansan necesidades aún no satisfechas y tienen que ser dirigidas al proceso creativo, se pueden producir genuinas obras de arte. Tal vez fue justamente este factor el que transformó esta perversión en una parte imprescindible de la capacidad de trabajo del yo. El placer garantizado por la perversión proporcionaba el anticipo de un gozo que podría ser alcanzado, pero no abarcaba todo el amplio campo, pues se deslizaba turbiamente. Esta perversión tenía un efecto extremadamente estimulante en el deseo del

yo, para decirlo en una palabra: no que el cuerpo se negaba a conservarlo, sino sólo anunciaba una promesa vacía.

Importante fue también que la perversión protegía al mismo tiempo al yo contra la sobrecarga perjudicial de una libido insatisfecha. La estructura psicológica del defecto sexual de Goethe permite ver especialmente comprensible la identificación con Moisés.

También Goethe estaba destinado a ver de lejos la tierra prometida, sin que le fuera permitido durante muchos años el poner un pie en ella. Esta identificación en el fondo satisfactoria como la de Moisés puede ser fácilmente reemplazada con una comparación con Tántalo, quien estaba condenado a una sed perpetua en medio del agua que se repliega tan pronto como él se inclina a beberla. Tántalo es el prototipo de la personalidad masoquista, que difiere completamente a la de Moisés, quien, pese a estarle prohibida la máxima satisfacción, es la imagen primaria del grandioso padre fundador de la nación.

Aquí es conveniente introducir un par de observaciones sobre la oralidad de Goethe. La zona oral —siempre sobre el supuesto de que mi hipótesis es correcta— fue la zona conductora que ponía en acción el mecanismo de la eyaculación, y por tanto se pueden esperar signos de oralidad intensa en Goethe en otros sentidos. No quiero detenerme en la fuerte predilección de Goethe por el alcohol o en el gran papel que tuvo en él la conversación o la disertación hablada, mas quisiera llamar la atención hacia el hecho de que el lenguaje de Goethe fue muy oral y que la metáfora elegida se movía frecuentemente en el ámbito de la zona oral. Quiero citar un ejemplo. El 6 de enero de 1787 escribe a sus amigos

desde Italia con la idea de regresar después de pascua a casa, y dice:

"Hasta ahora he bebido algunos tragos del gran océano y mi apremiante necesidad está satisfecha. He sido curado de una pasión y una enfermedad monstruosa, para gozar nuevamente de la vida, para gozar de la historia, de la poesía, de la antigüedad..."⁽²⁰⁾.

Nos encontramos aquí con la imagen oral como símbolo de las cosas buenas que puede ofrecérsele a la vida antes de su regreso a casa. La imagen oral está contenida primeramente como algo general, pero después se nombra como particularidad específica de las cosas buenas. La relación entre oralidad, alimento y expectativas amorosas se muestra claramente en el siguiente pasaje de una carta de Goethe a Jacobi del 11 de septiembre de 1785, en el que escribe sobre Fritz:

"¿Sabes qué? le deseo habituar a una muchacha, ella no toma a un hombre más bello y mejor; pues no quiero llegar a ser una vez tu yerno. No os doy de tomar punch y a los otros cuajada, ella permanece incorruptible como yo al chico que está acostumbrado a la más pura de las dietas"⁽²¹⁾.

Aquí está expresada (aun cuando en forma graciosa) indisolublemente la creencia en la moral y los efectos éticos del buen comer. En una carta a Charlotte von Stein del 3 de enero de 1780, en el que le habla de una nueva idea de una pieza, y le pide el conservar esta comunicación como un secreto,

20. WA IV, 8. Pág. 119.

21. WA IV, 7. Pág. 93.

pues de lo contrario otro le podría "arrebatar de la boca el asado"⁽²²⁾. Aquí se compara (aunque no iguala) la idea general artística aún no completamente configurada con un plato provocativo, que se tiene en la fantasía pero que todavía no se disfruta.

Naturalmente también se pueden encontrar referencias anales, pero éstas son, creo, mucho más escasas. Sin embargo, el fuerte tono oral del lenguaje de Goethe no se puede dejar de oír. Mas la afirmación del tono oral en muchas cartas y la significación ilustrada mediante estos ejemplos no nos conducen mucho más lejos. He supuesto que la zona oral fue mecanismo estimulante del proceso genital. Encontramos esta patología en los pacientes de dependencia oral, pero también en personas en las que se ha desarrollado muy fuertemente los impulsos genitales, pero éstas no conducen a manifestaciones correspondientes, es decir, esta perversión oral puede descansar en fijaciones completamente diferentes del desarrollo libidinoso y se refieren a estructuras del yo completamente variadas. En algunos pacientes la meta oral se hace el objetivo central del yo; estos pacientes desean succionar, y ellos succionan de hecho y son parásitos, mientras en otros es la meta oral sólo una fachada de fuertes tendencias fálicas que no sobresalen a consecuencia del temor de castración. En la relación de Goethe con Charlotte von Stein se le ve durante su fase de iniciación, cuando su correspondencia contenía abundante referencia a la comida, ocupado intensamente con actividades orales. Esto le producía placer: consentía a la mujer amada y a sus hijos con alimentos exquisitos y se zambullía de lleno con gran

22. WA IV, 4. Pág. 161.

energía a los asuntos de gobierno del ducado —pues, por así decirlo—, él les proporcionaba a todos los habitantes de Weimar el alimento. La tendencia fálica se encuentra sólo en pasajes como la manifestación siguiente, escrita al final de una carta del 6 de septiembre de 1777:

"¡Amada! La amo completamente solo a Usted; esto lo percibo en el trato con otras mujeres.

No se ponga celosa de mí, de otra forma quisiera decirle un método. No llevo un estuche como recuerdo, pero sí su bufanda..."⁽²³⁾.

Desde el punto de vista psicoanalítico la consecuencia del pensamiento resulta bastante clara. (1) Yo te amo: esto es seguro, pues no puedo estar enamorado de otra; (2) Qué bello sería que estuvieras celosa, pues así podría proponerte qué hacer para combatir los celos; (3) No tengo el estuche como recuerdo. Esta asociación "libre" revela, si había habido dudas de ello, la naturaleza de la cura contra los celos, es decir, contra las relaciones sexuales. Es interesante que Goethe, pese a su gran intimidad con Charlotte von Stein escribiera sobre las relaciones sexuales con tales rodeos. El se desliza en medio de una familiaridad y revela la verdad en un símbolo que corta abruptamente la familiaridad. Deduzco de ello que la exigencia genital directa quedó también recubierta, cuando estaba con ella. Es decir, la comida se convirtió en el sustituto de la satisfacción corporal que le rehusaba a Charlotte von Stein, como se puede ver desde el principio de la carta del 8 de febrero de 1781, donde él informa de una hemorragia desatada

23. WA IV, 3. Pág. 172 y sgts.

presuntamente por el exceso de una dieta⁽²⁴⁾.

Este material puede reforzar la verosimilitud de mi hipótesis sobre el carácter específico del disturbio sexual de Goethe. Pero debo una vez más subrayar —especialmente en vista de la buena voluntad con la que es aceptada la dependencia oral en el paciente, tal como se puede ver en el promedio de la literatura psicoanalítica contemporánea— que el gran papel que tuvo que haber jugado la zona erógena oral no lleva a la conclusión de que el cuadro clínico permita la caracterización de Goethe como de carácter oral. La boca actuaba como disparador para activar el mecanismo genital, y en la situación de estancamiento también como órgano sustitutivo de lo genital. En esa fusión de boca y genital descansa el punto esencial en el sentido de que lo genital se convier-

24. Cfr. con la carta del 12 de diciembre de 1780 sobre la preferencia por la sopa de lentejas.

ta en el órgano de dirección de la boca o en la medida en que conserva su independencia y sólo secundariamente usa la boca para su propio objetivo.

Sea como sea, encontramos a Goethe en Roma en plena posesión de sus funciones genitales. Esto es claro pero no tanto como para permitirnos sacar la conclusión de que fue alcanzada la plena experiencia psíquica del orgasmo —y tal vez

nunca fue alcanzada—, pero el funcionamiento psicológico como mecanismo genital no fue por más tiempo obstaculizado, es decir, el estímulo sexual pudo ser contenido sin una evacuación inmediata; el prelude de caricias no conducía a la eyaculación, y el miedo a la castración se atenuó tanto que Goethe pudo exponerse a relaciones sexuales, especialmente a los riesgos inevitablemente vinculados a la infidelidad.

* Qué placer ¡Dios! De una llama nacer,
Un fuego virtuoso, que nunca en vicio se puede tornar

¡Qué voluptuosidad! Cuando también en mis brazos
El pecho de mi amada mi pecho calentó
Besos perpetuos sus labios rebosan
En sagrado abrazo su virtud muestran.

Cuando yo, embelesado en un éxtasis jamás sentido
Digo ¡Mi doncella!, y ella ¡mi amado! dice
Cuando mi corazón, de amor y virtud ardiendo,
Grita: ¡venid ángeles! ¡Venid! Miradme y envidiadme.